Novela paisa

La casa en el barrio

EMPERATRIZ MUÑOZ PÉREZ

Universidad de Antioquia, Medellín,

2013, 197 pp.

La casa en el barrio es una corta novela sin pretensiones, libre de grandes defectos y desprovista de méritos notables, escrita en un buen castellano y fácil de leer. Si esta reseña pretendiera formular una valoración crítica del trabajo de la autora, todas esas características podrían combinarse para producir un único argumento, sin duda negativo: *La casa en el barrio* no es una novela memorable, no es lo suficientemente buena para atribuirle una conquista, ni lo bastante mala para declarar su derrota. Es, si el adjetivo puede utilizarse sin que suene a injuria, irrelevante. En cualquier caso, esa sería la opinión de un lector desprevenido con ínfulas de crítico, y aquí se busca sortear tal petulancia. En cambio, se pretende caracterizar uno a uno los elementos que definen la novela, de tal suerte que pueda el lector decidir si debe o no leerla.

Lo primero que tendría que afirmarse es que *La casa en el barrio* aborda como temas principales la historia de una casa y de una familia, que componen en cierta medida un solo argumento. La casa es la del morro, una casita humilde ubicada en un barrio tradicional de Medellín, que Efraín y Estella logran comprar tras dificultades de variada índole; y la familia es su prole, cinco hijos y tres nietos, el clan de los Restrepo. Las relaciones familiares son bastante armónicas, aunque no se echan de menos los verosímiles conflictos naturales presentes en cualquier familia. La trama, liviana a todas luces, gira en torno a las expectativas de cada generación respecto a la casa familiar: para los abuelos, se trataba de una conquista, un signo de victoria; para los hijos, de una reliquia, un lugar de recuerdos que vale la pena conservar precisamente por ser un espacio de la memoria; para los nietos, aunque entre ellos tenga auténtico protagonismo solo una, Luisa, la casa del morro cobra sentidos distintos a lo largo de toda la historia: un vestigio irrelevant-

te, un lastre, una culpa y, finalmente, un gesto de reconciliación y un símbolo de madurez y de concordia.

Otra lectura posible de la trama es aquella que resulta de concebirla como una crónica de movilidad social. Finalmente, la autora explora el viaje socioeconómico de una familia entre un barrio de clase media baja y un barrio de clase alta. Obviamente, no se trata de un mero traslado espacial, sino que se aprecia también un esfuerzo por capturar los cambios culturales, lingüísticos y rutinarios que un ser humano puede experimentar cuando sus condiciones materiales cambian. Es interesante la variedad de recursos, tanto estilísticos como narrativos, que la autora logra manejar para enriquecer ese camino. En cuanto a los primeros, se asiste a una adecuada y a veces divertida representación de acentos contrastantes, aunque todos participen de un inconfundible tono paisa; en cuanto a los segundos, se propone el ejemplo de las visitas que varios personajes emprenden al barrio original, y las reflexiones que desarrollan sobre tales retornos.

Valga aclarar que, en realidad, el tiempo de la narración abarca únicamente una semana, aunque ciertas técnicas le permiten a la autora dar cuenta de un arco de tiempo muchísimo más amplio: intercala fragmentos del diario de Efraín, que conceden una vaga noción de las condiciones económicas de la familia en tiempos de los abuelos, y pone en boca de los personajes presentes —los hijos y los nietos— referencias constantes al pasado familiar. Mientras que se dibuja el contexto completo de la familia, se desarrolla la historia principal: unas tías y un tío apático ofrecen un regalo a Luisa, la única nieta verdaderamente importante en la novela, y esperan que su reacción sea positiva, aunque poco a poco entienden que la simbología de la casa es de distinto orden para cada generación.

Debe resaltarse, además, la fidelidad que existe en el diseño y acomodación de los elementos narrativos respecto de la cultura antioqueña. Seguramente gracias a su propia experiencia, la autora vierte correctamente ingredientes como lo numeroso del clan familiar, las relaciones tan espontáneas como esclerosadas, el her-

metismo en cuanto a ciertos tabúes, las jerarquías implícitas entre algunos miembros de la familia, las cercanías y distancias entre hombres y mujeres. Se trata, en fin, de una identificación muy atinada de clichés culturales, sin duda alguna, representativos de Antioquia. Sin embargo, no se trata de un recurso al lugar común que sea molesto, sino sumamente divertido.

Entre los caracteres culturales presentes en la novela, el catolicismo merece tratamiento aparte, pues su presencia es tan ubicua en la narración como en la historia antioqueña:

En el principio fueron Efraín y Estella. Y de ellos nacieron: Rubén, Amelia, Julia, Sara y por último Leila. Más allá, con el tiempo, nacieron los nietos: Luisa, hija de Julia, y después de ella los mellizos, hijos de Rubén, que más parecían solo los hijos de Ana, su esposa.

Desde su mismo inicio, el trabajo de la autora está plagado de referencias religiosas, y lo católico encuentra su encarnación patente en Sara, una de las hermanas, atormentada por estructuras morales muy férreas y por la culpa y angustia que estas le producen:

Miedo, agonía, a Sara le dolía el abdomen. Al terminar de leer el salmo, corrió al baño. Sentía retorcionjes en el estómago. Luego de expulsar todos los líquidos que tenía en el cuerpo, se bañó, y para disminuir la angustia, intentó orar un poco más, y lo hizo entre los ruidos y los silencios que se le cruzaban en la cabeza. Antes de salir de la habitación, cogió la caja de flores con la intención de mirar las cartas, pero no pudo ir más allá de sus manos; la inflamación de sus articulaciones la detuvo. Están torcidos, mis dedos están torcidos, me voy a quedar tullida, se dijo, mientras recordaba las palabras de Leila: No es por tejer, Sara, las inflamaciones son batallas interiores, dejá de negarte tanto a vivir y verás que con eso tenés para aliviarte.

Tras culminar su lectura, da la impresión de que la novela tiene por único personaje principal la casa del morro, y que, en realidad, cada integrante de la familia es uno de sus atributos. La casa parece erigirse como un altar del recuerdo, y es quizá este

el tema más estimulante que puede hallarse en el trabajo de Muñoz:

Una casa que ha sido habitada no es lo mismo que una casa que apenas se va a estrenar. Porque las casas tienen memoria —afirmó Leila—, ellas guardan las energías de quienes las habitaron. He sabido de casos en los que los nuevos inquilinos terminan padeciendo las enfermedades de quienes las dejaron. (...) El objetivo de Leila al llevarlas se había cumplido: las Restrepo reconocieron, sin divulgarlo, que aquella casita no existía más que en sus recuerdos, en la nostalgia de los años en que ellas la habitaron.

En suma, no puede más que reiterarse lo ya dicho: *La casa en el barrio* no va a perdurar, porque no es una gran novela, pero tampoco es mala. Quizás podría recomendarse su lectura como mero pasatiempo, aunque tal vez toda lectura tenga en sí, precisamente, algo de hobby, y esperar mucho más sea tomárselo demasiado en serio. Ello depende, exclusivamente, del lector y sus exigencias.

Samuel Baena